

LA MUJER EN LOS «COLOQUIOS» DE ERASMO DE ROTTERDAM

Isabel DE AZCÁRATE RISTORI

En su valioso estudio sobre la Reforma Luterana, Imbart de la Tour se atrevió a afirmar:

«Gracias a Erasmo, las mujeres entran en la vida pública; si él reservó a los hombres la Magistratura, el Gobierno y la Defensa de la ciudad, no vaciló en reconocer a las mujeres su derecho de participar en la política... además las deseó cultas... la mujer va entrar en escena no solamente para agradar y amar sino para dominar en la vida social y dirigir la opinión pública...⁽¹⁾

y para corroborar su afirmación nos remite al párrafo del coloquio erasmiano «El abad y la erudita» en el que la mujer llega a retar al monje con esta atrevida profecía:

«Si no estáis sobre aviso un día ocuparemos vuestras cátedras de Teología, predicaremos en los templos y nos apoderaremos de vuestras mitras»⁽²⁾

frase, que puesta por Erasmo en boca de mujer, bastaría por sí sola para colocarle en la avanzadilla de la promoción femenina, según el citado autor.

Pero no todos los estudiosos de Erasmo son de la misma opinión. Para Kosler, es Vives, no Erasmo, quien merece los elogios que Imbart de la Tour reserva al escritor flamenco. En su obra «La Condizioni della donna nell'umana convivenza» hace Kosler este comentario del que se han hecho eco otros muchos autores:

(1) *Los Orígenes de la Reforma*, Melun, 1946, II, 328.

(2) ERASMI ROTTERODAMI *Opera omnia*, ed. J. Clericus, Lugduni Batavorum, (Leiden) 1703-1706, I, col. 746.

«Erasmus escribió su «Tratado de la Educación» sólo para los niños. Ocasionalmente, alabó a las mujeres ilustres del Pueblo Romano por su sobriedad de lenguaje e insistió en la eficacia educativa de la madre, pero no parece conocer la importancia de la mujer como persona. Más atento –dice Kosler– se mostro Vives en su libro: «Sobre la educación de la mujer»⁽³⁾

Realmente, hay fundamento para cuestionar el valor de la afirmación de Imbart de la Tour: tanto más cuanto es éste tema: «La mujer en Erasmo de Rotterdam» un tema casi inexplorado, como lo evidencia el análisis de su Bibliografía,⁽⁴⁾

Solamente dos trabajos. Ambos de pluma femenina.

En 1955 la historiadora alemana Isabel Schneider, publicó un estudio de 133 páginas titulado «Das Bild der Frau im werk des Erasmus von Rotterdam».

No hemos logrado conocer esta obra directamente. Sólo sabemos de su contenido por una amplia recensión publicada en 1958 en «Revue historique»⁽⁵⁾. En ella se alaba a la autora por su erudición, por la rara soltura con que maneja los textos, pero se le censura el carácter escolar de que adolece su estudio y el manifiesto artificio en la conexión lógica de sus conclusiones.

Basándonos en la citada recensión transmitimos al lector las principales aportaciones de Schneider al tema en estudio:

Reconoce la autora la escasa experiencia personal que de la mujer pudo tener Erasmo: hijo único de padre desconocido; huérfano de madre desde la adolescencia; de vida solitaria, centrada en el estudio y el recogimiento; célibe.

Valoriza, como contrapartida, su estudio asiduo de la Sagrada Escritura y de la Antigüedad Clásica. Partiendo y apoyándose en el extenso conocimiento que de la Biblia y de la Literatura clásica tenía Erasmo, se esfuerza Schneider en justificar sus afirmaciones sintetizando las ideas de Erasmo sobre la mujer en torno a tres tipos femeninos: la mujer piadosa, la mujer hacendosa, la mujer fuerte.

Sobre la «Mujer piadosa» escribe Schneider, el criterio de Erasmo es definido: el ideal para la mujer no es de ningún modo la vida conventual sino el matrimonio. Este sacramento es, a los ojos de Erasmo, la institución más importante de la vida humana, como reflejo del Amor divino.

La «Mujer hacendosa» es la esposa y la madre cuyas tareas exigen una fuerte personalidad desde el punto de vista espiritual y moral y para ello una adecuada

(3) Torino, 1915, 326.

(4) *Douze années de bibliographie erasmienne 1950-1967* par M.J. Claude Margolini, Colletion «De Petrarque à Descartes» vol. 6° París, 1963.

(5) Cf. vol. 219-220 (1958) 368-369. Otra recensión fue publicada en «Bulletin Histoire» (BHR) 1956, t. XVIII, 325-328 por A. Reanudet.

formación intelectual. En el coloquio «Senatulus» parece hasta desear que la mujer se interese por los negocios públicos.

En cuanto a la «Mujer fuerte» le atribuye Erasmo dos cualidades principales: la piedad y la fortaleza.

A estas conclusiones, evidentemente empobrecidas en nuestra exposición por el doble trabajo de síntesis a que ha sido sometido este estudio, se reduce la aportación de Isabel Schneider.

El segundo trabajo se debe a la historiadora suiza Dora Smith, quien, en los estrechos límites de un artículo⁽⁶⁾ estudió los «Coloquios» pero sin detenerse a analizarlos, contentándose con extraer, sin gran exigencia crítica, los textos que favorecerían su tesis, sobre la contribución de Erasmo en la promoción y liberación femenina.

Conociendo pues, las limitaciones de los trabajos realizados hemos abordado este tema con el decidido propósito de no dejarnos influenciar por una u otra postura.

Nuestro trabajo se centra y se limita en el estudio y análisis de los «Coloquios», respetando el contenido de cada uno de ellos sin trasvasar sus afirmaciones ni aislarlas de su contexto. Solamente la insistencia en un mismo tema o la repetición de unos determinados criterios nos permitirán ofrecer a los lectores, como conclusión, una visión sintética y una valoración sobre esa pretendida y discutida aportación de Erasmo a la promoción cultural y social de la mujer, promoción que, a partir del Renacimiento, se inició en progresión irreversible.

No esperemos, sin embargo, de los «Coloquios» una disertación sobre el tema. En su «Coloquios» Erasmo nada tiene de académico. No pretende en modo alguno desarrollar una tesis determinada sino que supedita la lógica de su discurso a la espontaneidad de una conversación callejera; al juego fácil de las ideas, a la musicalidad y dominio de un latín que se plegaba docilmente a su ingenio, a la agudeza de su espíritu y a su sentido del humor.

Así en el coloquio «Quinientos», por ejemplo, plasmará Erasmo la estampa de una conversación noblemente plebeya: son amigos y enemigos que se encuentran en el camino. Ninguno tiene una tesis determinada; todos quieren hacer triunfar lo que solo es su propia opinión; en ella se obstinan, seguros de pensar mejor que los otros. Es la disputa real y sentida llena de aventura en la que los hombres discuten y se acaloran con la persuasión de tener la verdad sin haber convencido a ninguno. Al final no sabe el lector donde está el error, donde la verdad. La solución queda en el aire; los interlocutores se alejan, dejando la impresión de que ni ellos mismos es-

(6) *Basler Zeitschrift für Geschichte und Altertumskunde*, 44, Band 1946, II, 36.

tán convencidos de aquello por lo que se acaloran. La enseñanza se oculta bajo un lenguaje cortesano elegantemente sutil⁽⁷⁾.

En los «Coloquios» sobre temas femeninos la conversación en boca de mujeres o sobre mujeres se tiñe además de una fina ironía. Un agudo y vivaz análisis psicológico tras el cual Erasmo revela, tal vez sin pretenderlo ni quererlo, lo que el piensa y lo que el espera de la mujer.

Solamente en diez coloquios encontramos a la mujer como protagonista. En otros tres es mencionada y representada bajo diversa faceta.

Por razón de la mayor o menor intervención femenina estos coloquios pueden recibir la siguiente clasificación:

1.- *Interlocutores exclusivamente femeninos:*

- «El Senadillo». Intervienen cinco mujeres. Todas casadas.
- «La Esposa». Intervienen dos mujeres casadas.

2.- *Diálogo entre un hombre y una mujer:*

- «La Disputa amorosa» Dos jóvenes.
- «La Virgen enemiga del matrimonio» Dos jóvenes.
- «La Virgen arrepentida» Dos jóvenes.
- «La Puerpera» Una recién casada.
- «El abad y la erudita» Un monje y una mujer.
- «La meretriz y el jovenzuelo» Una mujer y un joven.

3.- *Varios hombres y una sola mujer*

- «El convite poético».
- «Pobres y ricos».

4.- *Solamente hombres*

- «El naufragio».
- «Las posadas».
- «Los funerales».

Por razón del tema predominantemente tratado

- 1.- La Virginitad..... «Disputa amorosa».
- 2.- Virginitad consagrada»..... «Virgen enemiga del matrimonio» y «Virgen arrepentida».
- 3.- El Matrimonio..... «La Esposa».
- 4.- La Maternidad..... «La Puerpera».
- 5.- La cultura en la mujer..... «El Abad y la erudita».

(7) Cf. Francesco POLESE, *Erasmo maestro*, Livorno, 1885, 156.

- 6.- La mujer y la Política..... «El Senadillo».
- 7.- La prostitución..... «La Meretriz y el jovenzuelo».
- 8.- Valores morales: Fortaleza..... «El Naufragio».
Clemencia..... «Pobres y ricos».
Solicitud..... «Las Posadas».
Amor..... «Los Funerales».

Aunque respetamos, como hemos indicado, la individualidad de cada coloquio a fin de favorecer la síntesis final, hemos optado por analizarlos, no en el orden que los presenta Erasmo ni por la importancia de la intervención femenina, sino agrupándolos por los temas que ya hemos indicado.

La virginidad en el coloquio «la disputa amorosa»⁽⁸⁾.

En el trasfondo de todo coloquio se advierte la preocupación de Erasmo por este tema de la virginidad y la postura negativa que siempre adopta frente a la misma.

Dos jóvenes disputan entre sí:

Él, enamorado, carga de afecto y pasión, los requiebros más extraños: «Adios tigre, adios roble, diamante, ninfa cruel.

Ella se nos muestra inaccesible, aguda en el discurso. No pierde la calma jamás. Reflexiona sobre el amor y lo convierte en filosofía:»

«Amas en mí la vida, luego amas tu propio bien, tu provecho. Si buscas el corazón su ventaja más que mi amor ¿por qué entonces exiges amante?»

La sed de autenticidad y de absoluto que late siempre en Erasmo se hace palabra en boca de ella, María:

«sólo mientras sea bella me amarás. Vil y poco precio es este amor que sobre tan frágil base se asienta. Cuando no sea bella dejarás de amarme: faltando el goce fallará el amor. La femenina belleza, la juvenil ternura con afán buscas, con humildad imploras, enamoras y deleitas; más poseída y gozada, la abandonas.

Desconfianza, inaccesibilidad, incomprensión antes las exigencias del amor humano:

«si la belleza del alma es el primer fin de tu noble amor ¿por qué no te vuelves hacia allí donde más que en mí se da esta Belleza. ¡Si tan no-

(8) ERASMI ROTERDAMI, o.c., I, col. 692-697.

blemente me quieres, si deseas, como los bienaventurados, ser feliz por qué no te contentas con mirar y callar! Inútil e imperfecta es la belleza –responde Pánfilo– que no cumple el fin para el que fue creada. Imperfecto el amor que no llega al placer que le hizo nacer.

Iniciado el tema, lo aborda ya María directamente con una estampa poética:

«¿No es más bella la rosa virginal que florece en el nativo suelo que aquella que en manos de un rapaz presto languidece, se seca y muere?

Pánfilo no vacila en responder. Su doctrina va a ser invariable: la virginidad no tiene sentido alguno:

«Más feliz es la rosa que en manos del hombre deleita que aquella que sin ventaja alguna por fuerza muere. Más apreciado el vino que se bebe que aquel que conservado se pierde.

María ataca la cuestión sin rodeos:

«Con todo es más digno y más apreciado por todos el virginal estado.»
«Preciado es –responde Pánfilo– en una joven pero qué cosa más fea que una virgen vieja?
¿No eres tú acaso el fruto de una virginidad perdida? Si de tu madre no hubiese caído la flor que tanto exaltas, no podríamos hoy apreciar ese fruto. Aunque se robe una virgen a la Natura, si el lecho no es estéril e infecundo el placer, por el que el mundo se perpetua y renueva, por una virgen se nos dan muchas. Así pues, como espero, estéril no será nuestra unión y por una virgen muchas daremos?

La victoria, a favor del matrimonio se resuelve rápida, impulsadas sus alas por el querer y sentir de Erasmo: María se declara vencida:

«Pánfilo has vencido en la disputa ¡Cualquiere cuestión de amor resolver sabes. Conviene, pues, que me declare vencida y amada...AME!

La virginidad consagrada

La Virgen enemiga del matrimonio⁽⁹⁾

Ya la elección del capítulo nos pone en aviso sobre cual va a ser la postura de Erasmo. «Virgen enemiga del matrimonio» título peyorativo que extrañamente no se corresponde con el contenido de todo el diálogo:

(9) *Ibidem*, col. 697-701.

La motivación de la joven, que desea entrar en un monasterio, es el fruto de un sentimiento infantil pero no morboso. Le atraen las monjas por sus bellos y juveniles rostros; por sus bien cultivados jardines; por su hablar afable; por ese ambiente de risa y de paz que ha gozado de niña en el monasterio. En él cree mejor asegurada su virginidad. Y nada más. Ninguna alusión, en el coloquio, a un valor genuinamente religioso pero tampoco ninguna expresión que sea fruto del «horror» al matrimonio, como podía esperarse del título que encabeza el coloquio.

Es en labios del joven por donde va a expresar Erasmo su sentir sobre el valor de la vida monástica. Su problema personal se entrecruza con un deseo sincero de una religiosidad auténtica y su repugnancia, casi obsesiva, al monacato se refleja bien claramente en expresiones sarcásticas que lindan a veces con lo irreverente:

«Es bellísima la virginidad cuando va acompañada de la pureza del alma pero no es necesario para ello vivir en un monasterio. Se puede conservar en el hogar y con más seguridad que entre aquellos monjes gordos, cebados e incontinentes que buscan de mil modos hacerse dignos de título de «padres» «No quiero hablar mal de los monasterios —dice el joven en un deseo (¿el del propio Erasmo?) de rectificar sus acusaciones— pero cuando se les frecuentan todo parece bello. Pero no todas aquellas que llevan el velo de vírgenes lo son. Muchas imitan a Safo más en las costumbres que en el ingenio.

Mordaz, en la rapidez del diálogo llega a salpicar, el joven, la dignidad de la Madre de Dios:

«El elogio que antes reservabamos a María llamándola «Madre y Virgen» bien se le puede ahora tributar a estas «vírgenes sin parto»

Pero no sólo es la virginidad la que según el joven corre peligro en el recinto de un monasterio. Es la misma vida religiosa la que se le presenta, a su juicio, como indigna de la persona humana:

«La piedad cristiana que abolió la esclavitud bajo color de piedad la ha instalado nuevamente en la vida religiosa. Hasta cambian el nombre de bautismo para mejor expresarlo. No es esto decreto de Dios sino invención de los monjes. Para vivir religiosamente basta el Bautismo. Aquí no se trata más que de mudar de vestido y comenzar un género de vida que de por sí ni es más bueno ni más malo. Obediencia, castidad y pobreza mejor se pueden practicar en la casa paternal. ¿Qué cosa resta? El velo, el hábito blanco, ceremonias que por sí mismas no tienen valor alguno ni mérito a los ojos de Cristo, quien solo mira la pureza del alma. Religiosos, insiste el joven, nos hace el Bautismo. Re-

ligiosos son los que cumplen los mandamientos». No es esta vida —concluye el joven— digna de una doncella de bella índole; no te ofrece el monasterio la seguridad que buscas!

La Virgen arrepentida⁽¹⁰⁾

No es este coloquio más que la conclusión del anterior. Los «malvados» consejos de los monjes y monjas, la opresión insidiosa de aquellas Hermanas conversas, consiguen plegar la voluntad de los padres y la joven entra en un monasterio.

Sólo pasa doce días. La joven cree morir si no abandona presto el convento. No dirá el motivo. Es cosa grave. Nadie lo sabrá jamás. Con esta frase corta Erasmo el diálogo dejando adivinar lo peor.

Ni los elogios que el joven tributa a la doncella, ni la ingenuidad de ésta consiguen borrar del lector la triste impresión que le dejan estas mujeres consagradas a Dios tan mal tratadas por Erasmo no por mujeres sino por monjas!

El matrimonio en el coloquio «la esposa»⁽¹¹⁾

Encuentro de dos mujeres. Un incidente baladí, pero muy femenino, da inicio al diálogo. Los celos, se expresan en frases de admiración por el vestido nuevo que luce una de ellas. Vestido «más suave que el terciopelo», don inesperado que el esposo trajo de ultramar.

La conversación se inicia espontánea, al azar de un también inesperado encuentro. Los lamentos de Cesca, la mal casada, que desearía verse encerrada en un monasterio antes que unida a su Rogerio, se entrelazan con las reflexiones de Giletta, por cuya boca habla Erasmo sin la estridencia y acritud de los anteriores coloquios comentados. Aquí nos compendiará él su doctrina sobre la felicidad del matrimonio «la más dulce vida del mundo».

También aquí encontramos ese anhelo de autenticidad que domina como una constante sentimental toda la ideología erasmiana:

«Las virtudes y buenas costumbres y no los vestidos elegantes son la riqueza de la mujer a quien debe bastarle ser grata a los ojos de su marido. El amor que se funda en la belleza muere»

La misión dentro del hogar está en función —según Erasmo— del querer y felicidad del esposo. Es justo que sea la mujer quien ceda. En su rostro, como en un espejo, debe verse reflejado el corazón feliz o desgraciado del esposo. El es su señor

(10) *Ibidem*, col. 701-702.

(11) *Ibidem*, col. 702-708.

y protector. Suyos deben ser sus afanes y su querer. Hasta en el goce de dar, en la virtud de la beneficencia debe la mujer dar la primacia al nombre y voluntad de él. La única preocupación será la de lograr que todo esté a punto en el hogar tal como el esposo lo desea para que no tenga que salir a la calle en busca de nuevos placeres. La reverencia, la docilidad, la sumisión, el pudor, hijo de la sobriedad y del respeto, unido a la ternura son las virtudes que debe cultivar una buena esposa.

Sin embargo, a pesar de no llegar a concebir Erasmo explícitamente a la mujer como un ente personal, con voluntad y querer propio, con los mismos derechos y aspiraciones que el varón la eleva a un más alto nivel que el que gozaba en su época, cuando pone a la base del matrimonio un amor de «amistad».

«la obediencia al consorte no es como la de la oveja al guardián sino como la del alma al cuerpo. La unión se cimenta en el amor y en la mutua simpatía»

De la mujer depende en gran parte la conducta feliz del esposo, la ternura, las suaves maneras, el arte del amor, la ciencia del saber esperar, de perdonar y disimular, el consejo oportuno, son las armas que debe valerse la mujer para perfeccionar al esposo y aún, si fuere necesario, para «amansarlo».

No falta en todo este programa una nota de filosofía popular o más bien de pesimismo o resignación femenina: puesto que no puede la mujer buscar marido, conveniente es, que se esfuerce en adaptarse y en buscar la conformidad de querer. Si hasta las fieras pueden ser amansadas ¿cómo desesperar de lograrlo del esposo?

Tampoco escapa al agudo ingenio de Erasmo los resortes secretos de la psicología femenina. En un consejo que parece brotar del azar, en una pregunta inesperada: «Por cierto ¿cómo os lleváis con la suegra? nos va a dar la receta de la armonía en el hogar y con los parientes:

«Como dos zorras en un saco —ha respondido Cesca—. Mi marido no hace otra cosa que escucharla y proponérmela como modelo y darle gusto. Es ella la fuente de todos nuestros disgustos.

Giletta comprende y apunta el remedio: «debe la esposa tratar de ganar y asegurarse el amor del marido pero no arrebatarse a los padres el afecto al que tienen derecho».

De nuevo, repite Erasmo sus ideas sobre la actitud de la mujer en el hogar sintetizadas en un par de líneas:

«Paciencia, respeto y también un poco de filosofía».

El coloquio se cierra con una apología discreta pero firme de la necesidad de cultura en las mujeres:

«¿Qué necesidad tengo yo de amaestrarte –comenta Giletta– cuando tú, Cesca, dejando a un lado alguna vez la aguja y el huso, gloriosas armas de la mujer fuerte, podéis procuraros óptimas enseñanzas y luminosos ejemplos?»

La lectura de buenos libros, especialmente de aquellos que nos muestran los ejemplos de mujeres ilustres de Grecia y Roma, y sobre todo de mujeres cristianas, pues fuera de la religión verdadera no puede florecer la auténtica virtud, han sido para Giletta el mayor placer. Lecturas de las que no se vanagloria pero de las que no se avergüenza de confesar amarlas.

Dos ventajas logrará la esposa de esta cultura que los libros le proclaman: mejorar al marido haciéndole amar la reflexión y aborrecer el ocio y aprender muchas cosas útiles para la educación de los hijos.

Es un inciso un tanto forzado insiste Erasmo en la obligación de la madre de alimentar a sus hijos cerrando el coloquio con una alabanza a la vida matrimonial pues «no hay mayor alegría que la que goza una pareja concorde y en paz».

La maternidad en el coloquio de «la puerpera»⁽¹²⁾

El tema se inicia con la conversación que motiva la extrañeza de Eutropio por un lienzo blanco colgado en la puerta de Fábula. Es la señal de que ella ha tenido un hijo.

Nos interesa los argumentos acerca de la primacia del hombre sobre la mujer, en boca de Eutropio y la refutación por parte de Fábula:

- «Los hombres son más fuertes» dice él.
- «Más aún lo son los camellos» responde ella.
- «El hombre fue hecho primero».
- «También lo fue Adán antes de Jesucristo».
- «Dios quiso que la mujer se sometiese al hombre».
- «Falso..Sólo las casadas. Además no siempre el que manda es el mejor. Si la mujer está sometida es porque el hombre es más feroz. Es más fuerte el que sufre la ferocidad que aquel que ha menester que otros le sufran».
- «Pablo dice que el varón es cabeza de la mujer».
- «Cristo es cabeza de ambos. Además el hombre es imagen de Dios por el alma y en esto no hay diferencia».
- «Somos los hombres los que defendemos a la República».

(12) *Ibidem*, col. 766-774.

– «Sí pero de otros hombres no de las mujeres. Lo que hacen unos lo deshacen otros. Muchos guerrean por un salario.

Una pregunta, ai parecer fortuita, lleva al tema de la crianza de los hijos. Erasmo aboga nuevamente por el deber de la madre de alimentar a sus hijos pues si no solo es madre a medias. Una larga digresión sobre el alma y el cuerpo y la influencia de éste y se vuelve a insistir en el mismo tema: es duro tener hijos pero la mujer se salvará por los hijos si sabe educarlos. Mucho depende de la vigilancia de la madre:

«Si haces lo que puedes Dios no te pedirá más», dice Eutropio. Y Fábula concluye: «Me has convencido. Ve y convence ahora a mi marido».

La cultura en la mujer. «El abad y la erudita»⁽¹³⁾

Un doble tema trata Erasmo en este coloquio sin que se pueda precisar netamente cual es la verdadera intención del autor: si abogar por la cultura femenina o fustigar, una vez más, la ignorancia y vulgaridad de sus aborrecidos monjes.

Los argumentos que trae el abad contra la dedicación de la mujer al estudio, son los propios del vulgo y de la mentalidad de su época. Sin embargo en boca de un abad, estos argumentos contrarios a la educación de la mujer, los identifica el lector con la mentalidad de los monjes, los cuales quedan en una situación de desprestigio al ser contrapuestos con la sensatez femenina.

Habla el abad: «El estudio no es cosa para mujeres sino el placer. Sus armas son el huso y la rueca. Los libros gastan el cerebro y las mujeres tienen ya de por sí bastante poco. No quisiera para mí una mujer sabia. Con razón dice el vulgo: mujer docta, mujer dos veces tonta».

Su ataque más molesto y aún extraño, al ser puesto en labios de un monje va contra el estudio de la lengua latina:

«lengua que no es para mujeres. Pone en peligro su pudor y cuanto menos latín sepan más seguras están de los sacerdotes»

La mujer que dialoga con el abad se defiende serenamente:

«La cultura no tiene por qué ser un privilegio de las mujeres nobles. ¿Acaso sólo las grandes damas pueden unir al placer la sabiduría? ¿Creéis que se puede gobernar bien una familia sin saber? Mis libros me enseñan lo que necesito para gobernar la casa y educar».

(13) *Ibidem*, col. 744-764.

Defiende ella el esfuerzo, por parte de la mujer, para romper las estructuras que le ahogan:

«La opinión del vulgo hay que superarla y hay que hacer normal lo que antes era insólito. Lo mismo que se ve bien que una mujer alemana sepa francés así también que sepa latín para que pueda conversar con tantos sabios y eruditos»

No faltan en el coloquio un ataque abierto a los monjes:

«Prefiero –dice la mujer– gastar en el estudio el poco cerebro que tengo que perder el tiempo en oraciones rutinarias, en banquetes y borracheras. La incultura de los monjes es cosa común mientras que en España, Italia e Inglaterra no pocas mujeres pueden igualar en saber al hombre»

Estas frases en elogio de la cultura femenina sirven de pórtico a la profecía, ya citada, en la que algunos de los comentaristas han querido ver en Erasmo el paladín de la promoción femenina hasta verla elevada a la jerarquía sagrada:

«Si no andais listos, seremos nosotras las que enseñaremos en las Escuelas de Teología, predicaremos en los templos y os arrabataremos vuestras mitras»

Es significativa la frase final:

«Vereis cambiada la escena del mundo. O dejáis la máscara o representáis el papel que os toca»

A este reto el abad responde:

«Cómo me ha derrotado esta mujer»

La invitación del abad de hacer venir a la mujer al convento para danzar, gozar y comer deja bien claro que, como en el diálogo anterior, el tema principal no es el de la promoción cultural de la mujer, sino la crítica demoladora contra el monacato de su tiempo.

El diálogo se concluye dejando al lector una visión pesimista de los monjes acentuada aún más por la actitud de la mujer. Sólo una reflexión posterior nos permite encontrar en este coloquio argumentos favorables a la promoción cultural de la mujer y reconocer en Erasmo una aportación positiva aunque discreta en esta línea, con las reservas ya formuladas.

La mujer y la política: «El senadillo»⁽¹⁴⁾

Son cinco mujeres las que entran en el diálogo. Cornelia se queja de que los hombres las tengan a las mujeres recluidas en el hogar mientras por todas partes abundan las reuniones: los Obispos en Sinodos; los rebaños de monjes en conciliábulos; los ladrones en conventículos; hasta las hormigas tienen sus reuniones. «Las únicas entre todos los animales, que no nos reunimos somos nosotras»

Margarita exclama:

«Hay que restaurar la costumbre establecida por la madre de Heliogábalo. ¿Para qué nos dio Dios la lengua? Una lengua además tan expedita como la de los hombres y aún más sonora, pues la de ellos es bien rauca.

En este Senado tenemos que tratar de cosas muy serias pues los hombres suelen ser amigos de burlarse de nosotras. Aunque ellos tampoco lo hacen mejor.

Teólogos y Obispos no hacen más que discutir sin ponerse nunca de acuerdo. Tan inconstantes son como nosotras. Si nos dejasen gobernar las cosas irían mejor y más suaves.

Cornelia interviene:

«Hablemos con orden y no como en las reuniones de reyes y Papas que se pasan meses sin decir nada»

Pasan después a establecer las normas y el orden que debe observarse en estas reuniones:

La ironía de Erasmo es evidente y deja bien entender que no toma muy en serio cuanto lleva dicho sobre la participación de la mujer en la vida política. Cuando estas mujeres se sientan a hablar y a organizarse el ridículo es mayúsculo:

Pasan el tiempo determinando el orden en que deben sentarse: Separadas las nobles de las plebeyas. Distinción entre las que son nobles por las cuatro partes, de las de tres, de las de dos, y de una y aún de media parte solamente.

Distinción entre ellas por el número de años y entre las plebeyas por el número de hijos.

Si no guardan secreto deben guardar silencio durante tres días. Entre estas y otras normas que ponen en ridículo al sexo femenino intercala Erasmo afirmaciones valiosas: la mujer tiene el mismo derecho que el varón a intervenir en la educación de los hijos. Pueden ellas desempeñar cargos civiles. Afirmación esta última que sirven de argumento a la afirmación por parte de algunos estudiosos del tema

(14) *Ibidem*, col. 842-844.

(15) *Ibidem*, col. 718-720.

de que Erasmo era partidario de la participación de la mujer en la vida política. A nuestro juicio el valor de esta participación queda muy disminuido cuando se le enmarca en este escenario que Erasmo levanta más para dejar en ridículo a la mujer con su peculiar psicología que para defender su positiva intervención en la vida pública del país.

La prostitución. «La meretriz y el jovencuelo»

Un coloquio corto en su extensión y en riqueza de ideas. Extractamos las de mayor interés:

Motivación: el dinero. La mujer ni es amada ni ama. No una sino cien personas la odian, una mujer que tiene tantos amigos no tiene ninguno. Los que vienen de ella no la consideran como mujer sino como «arnese» para su uso.

En sus ataques el joven se atreve a decir a la meretriz: «Eres una cloaca pública».

Termina el diálogo con la invitación, por parte del joven, a salir de esa vida indigna de una hija de Dios y le promete su ayuda.

Valores morales en la mujer:

La Fortaleza: «El naufragio»⁽¹⁶⁾

En este diálogo la mujer resplandece por su fortaleza. Ella es la única, de entre todos los viajeros, que mostrará valor. La única que no llora, ni grita ni hace «votos». Se contenta con orar y estrechar contra su pecho a su hijito. Es la primera en llegar al puerto remando con su brazo derecho mientras con el izquierdo sostiene al niño.

La Clemencia: «Pobres y ricos»⁽¹⁷⁾

La dureza del hostelero contrasta con la clemencia de su mujer. El quiere echar a los huéspedes que no pagan. La mujer intercede: «Marido mío, haz este bien en recompensa de tus delitos. Deja estar al cubierto a estos buenos hombres que un día te verás recompensado.

El marido responde: «¿De dónde ha salido esta predicadora? Vete y gobierna la cocina».

(16) *Ibidem*, col. 711-715.

(17) *Ibidem*, col. 739-744.

La Solicitud: «Las Posadas»⁽¹⁸⁾

Los hombres comentan los goces que les procura la presencia femenina en los albergues que frecuentan durante sus viajes «Estás mejor en un albergue que en tu propio hogar. Siempre en torno a la mesa hay alguna muchachita la cual, mientras come, se preocupa de alegrarte. Más de una es bellísima. La dueña de la casa viene siempre a saludarte. La hija viene después elegantemente vestida. En la habitación, siempre hay alguna muchacha que está para divertirme y hacerte reír con sus chistes. La ropa te la lava y te la devuelve blanquísima. Cuando estás para partir te dan un abrazo.

El Amor materno: «Los Funerales»⁽¹⁹⁾

Coloquio breve. Su idea principal puede recogerse en su elogio al amor materno: «Nacemos sin nuestro consentimiento pero no sin el de nuestra madre...»

Conclusión

Hasta aquí los datos que hemos recogido de la lectura de los «Coloquios». Teniendo en cuenta las afirmaciones y limitaciones que hemos ido señalando en el comentario a cada coloquio nos permitimos concluir que evidentemente Erasmo de Rotterdam trató a la mujer con una delicadeza que ya nada tiene que ver con la agresividad que se trasluce en la ascética medieval o con esa minusvaloración que puede verse recogida en la sentencia del Tomás de Aquino:

«el hombre es el principio y el fin de la mujer. El oficio de ésta es la casa y los hijos».

Erasmo de Rotterdam fue ciertamente un espíritu liberalizador. Fue un humanista. Su ruptura con el pasado es neta. Pero de ahí no se concluye que sea un feminista, un iniciador del movimiento de liberación femenina que hoy vivimos.

La cultura que él postula para la mujer es, en ella, un adorno más para hacerla atractiva y útil en el seno del hogar, no un derecho a desarrollar, como el varón, sus talentos personales. Erasmo de Rotterdam, a nuestro juicio, no descubrió a la mujer como un ente personal sino solamente como una Esposa y Madre.

(18) *Ibidem*, col. 715-718.

(19) *Ibidem*, col. 810-817.